

JOVENES DE LOS NOVENTA: DE LAS MICROSOLIDARIDADES A LA CONSTRUCCION DE CIUDADANIA

DANIEL CONTRERAS*

VOY A TRATAR DE bucear, de perfilar o de subrayar varias cosas que me resultan muy sugerentes de lo que acaba de plantear Claudio Silva. Al hablar de los jóvenes de los 90, quiero partir planteando dos prevenciones o dos precauciones, hacer cinco observaciones generales, que son entre constataciones y apuestas, y finalizar con dos conclusiones más o menos abiertas, conclusiones en términos que son final, no que sean certezas.

Las precauciones. La primera, que de alguna manera ya la dibujaba Claudio, hablar de jóvenes en esta década ha estado siempre parado sobre el filo de dos riesgos importantes; uno de generalizar y pretender que una cierta categoría estadística dé cuenta de sujetos muy distintos, la juventud es una abstracción, es un constructo y como tal tienen sus limitaciones, sirve para algunas cosas y para otras no sirve, por eso en general preferimos hablar de los jóvenes y las jóvenes como sujeto y también como sujeto colectivo. Esa es la primera precaución.

Una segunda precaución, respecto de esto mismo, es que ha habido una tendencia muy fuerte durante toda esta década por entender o hablar de los jóvenes en la perspectiva de un problema social por resolver, de una deuda por pagar, cuando le ha ido más positivamente, el país le debe algo a sus jóvenes o de un sujeto peligroso al cual contener, en una lectura más negativa. Esa es la primera gran precaución, hablar de jóvenes hay que desentrañar cosas, hay que por un lado desprender, tratar de acercarse a biografías concretas, y por otro lado, desprenderse de este prejuicio de joven es «igual a problema».

La segunda gran precaución, muy grande, es que para hablar de jóvenes de los 90, hay que hablar algo, un poquito sobre esta década. Un tema muy grueso, yo podría o me atrevo a decir que esta década ha sido la década de la consolidación de un proceso de transformación modernizadora, incluso más que la época de la transición democrática, yo diría que ha sido la década en que el país ha consolidado, no su modernidad ni su modernización, ha consolidado que el proceso de modernización avance, se siga instalando. Es una cuestión que partió con fuerza después de la crisis del 82, fundamentalmente una modernización económica, y que ha continuado con profundidad esta década, fundamentalmente a partir de la centralidad del mercado, la reducción del Estado, la casi desaparición de la ciudadanía.

Qué podemos decir, en términos muy gruesos, respecto de esta década de transformación, de consolidar la modernización. Lo primero, que aquí ha habido un proceso modernización que no tiene mucho que ver con un estatuto de modernidad, puede ser una adquisición, pero la modernización es un proceso que tiene que ver con la transformación de alguna estructura fundamentalmente, en nuestro caso, del aparato técnico-productivo, de la posición y función del mercado y el Estado; pero no tiene que ver

* Antropólogo, MECE-MEDIA Ministerio de Educación.

necesariamente con la modernidad entendida como un estatuto cultural en que las gentes tienen, en que hay más espacio en la participación, hay una revitalización de la ciudadanía, hay una participación de las personas en la decisiones públicas, y en definitiva, hay secularización total de la sociedad, en que no hay ninguna autoridad impuesta de facto que pueda determinar qué hacer con mi propia biografía.

Eso evidentemente no ha pasado en esta década, seguimos asistiendo a una década muy modernizada, en el sentido de que tenemos acceso a Internet, cajero automático, pero claramente no vivimos en una sociedad moderna, hay muchas autoridades de facto que nos determinan o nos condicionan respecto a cuestiones estrictamente personales: con quién me caso, con quién no me caso, cuándo me separo, con quién me acuesto, con quién no me acuesto, etc. Eso es una primera cuestión, esta sociedad habla de modernización, pero no logra alcanzar un cierto estatuto cultural que la acompañe.

Lo segundo, es que aun así, aun reconociendo que la modernización falta, creo que como balance a esta década, el dar cuenta cuán modernizado está el país en ese sentido. Sigue habiendo un país más o menos modernizado y otro país que no pudo; otros países dentro del mismo Chile que no participan de esas posibilidades. Gabriel Salazar, decía alguna vez, a lo mejor lo vuelve a repetir hoy día en la tarde, que a él la modernidad la sonaba como un humo histórico, como cosas que no eran estrictamente reales. Nuestra modernidad no ha sido mucho como tal.

Una tercera cosa que decir con respecto a esta década, designada por la transformación, por el proceso modernizador, es que cuando partió la década respecto al tema de los jóvenes, el gran modelo explicativo respecto a los problemas sociales en general, pero respecto a los jóvenes también, el gran modelo explicativo fue el eje integración-exclusión, o sea, aquí hay cabros que están excluidos y que hay que integrarlos y la política social se construyó bajo ese paraguas, o sea, lo que hay que hacer es buscar mecanismos que permiten integrar y fundamentalmente fortalecer los mecanismos tradicionales de integración, cuáles son: la educación y el trabajo, y ahí se insertan lo que uno podría identificar como lo más masivo de la política orientada a los jóvenes, la Reforma Educacional y todos los programas asociados a capacitación laboral. Había que integrar, usemos los mecanismos de integración que han existido tradicionalmente, mecanismos que estaban en severa crisis al comienzo de los 90 y que siguen estando en un mal pie al final de la década.

Ahora, este polo integración-exclusión, que sirve como modelo de análisis, creo que de todos modos la década de los 90 nos ha mostrado que es más complejo, porque las cosas no son estrictamente polares, no sólo hay jóvenes integrados y jóvenes no integrados, hemos asistido a una década que con timidez, con harta timidez todavía, han emergido otras formas de alegar contra la exclusión o de hacerse oír a la fuerza. En estos días el conflicto mapuche, el conflicto mapuche no es conflicto económico, no tiene que ver con las tierras, ésa es una cuestión de última instancia, pero tiene que ver con hacerse oír con respecto a una sociedad que los niega; en alguna medida el conflicto universitario podría estar en ese horizonte, en alguna medida, porque yo creo que tiene otros componentes. Entonces, han habido formas, han aparecido formas de revertir o de cuestionar el se está integrado o se está excluido.

Teniendo en cuenta estas dos grandes preocupaciones o estas dos grandes aprensiones, quisiera plantear cinco afirmaciones más o menos generales sobre lo que son los jóvenes de los 90 o tratar de acercarme.

Una primera, es que desde el mundo de la academia, hemos tendido a dicotomizar mucho esta década con las décadas anteriores, o sea, los jóvenes de los 70 y los 80 fueron jóvenes revolucionarios, comprometidos, liberales; los jóvenes de esta década son jóvenes que no son revolucionarios, que no están comprometidos y que son liberales en su vida personal y nada más. Hay harta información, hartos

estudios, harta aproximación sistematizada que nos lleva a decir que en el caso chileno por lo menos eso no fue tan así. En el año 1970, hay una encuesta de liceanos, para el Gran Santiago y Concepción del 1972, en que el 57% de los jóvenes se define como partidarios del orden y políticamente de derecha.

Hay un estudio de mediados de los 80, que hizo Eduardo Valenzuela, que también muestra que los jóvenes que estaban entrando a los institutos y saliendo de la enseñanza media, estaban más bien por el orden, por su conflicto personal, por poder construir su proyecto personal, por estudiar, por salir adelante, por meritocracia, esto que: «si yo me esfuerzo, puedo llegar lejos». Y respecto a que fuera más progresista, más liberal en los 70, en esta misma encuesta y en otros estudios, se revela que la familia tradicional, la relaciones prematrimoniales, son temas de los cuales los jóvenes no tienen consenso, más consenso que hoy día sobre eso, había mucho más división sobre ese tema, no era una juventud tan liberal.

Sobre esto creo que al igual que en esta década, hemos abusado de ciertos estereotipos. Cuando pensamos en los jóvenes de los 70, estamos pensando en los jóvenes universitarios que al final de la década de los 60 se tomaron la universidad y que le demandaron al país algunas cosas; pero a los 60 y en los 70, los jóvenes de la universidad, hoy día son pocos los jóvenes en la universidad, los 60 y 70 eran mucho menos proporcionalmente, no sabemos, en nuestro imaginario no está qué hacía el joven popular durante la década de los 60. Muy probablemente pasó de la escuela a la «pega» y se convirtió en un adulto que habrá sido conservador o que habrá sido progresista. Entonces ahí una primera cuestión, es sano hacer como ejercicios estas oposiciones, pero también es sano reconocer que en esta década, que los jóvenes de esta década, revolucionarios o no sé, demandantes de, o terroristas, pero nos han permitido visualizarlos de otro modo.

Una segunda constatación global de esta década, es que ha sido una década que desde la institucionalidad o desde la sociedad como un sentido muy amplio, se acuñó fuertemente la frase del «niahí», a comienzos de la década, que ha servido para negar dos cosas. Ha negado que en el «niahí» hay una crítica más o menos implícita o más o menos explícita, eso depende de los casos, pero ha negado también o ha servido muchas veces para negarse a la conversa desde el mundo social, o sea, cuando uno dice ¿por qué no le preguntamos esto a los jóvenes? Bueno porque los jóvenes «no están ni ahí», y ya con eso, entonces como no están ni ahí no los invitemos, no los escuchemos, no les generemos espacios para participar.

Esto del «niahí» es como una negación también de la conversación de parte del mundo no joven. Eso es una cosa que se ha hecho muy transversal a las vivencias diversas de juventudes, esto es válido para los jóvenes, tengo esa impresión, para los estudiantes universitarios, pero también es válido para los jóvenes populares. Los viejos creen que los jóvenes y las chiquillas populares «no están ni ahí», entonces tampoco se les considera respecto de sus propias discusiones, de sus propias conversas.

Los que hemos tenido una aproximación al trabajo con organizaciones o con grupos de jóvenes de las poblaciones, sabemos que sus problemas con las juntas de vecinos, con la parroquia, con el club deportivo, son las vivencias de todos los días; las organizaciones sociales dicen «los cabros no están ni ahí» y se los desconoce, se les invisibiliza.

En ese contexto, diría que probablemente esta ha sido la década en que con más fuerza los jóvenes han podido reconocerse así mismo como tales y ya no como otras cosas. Una década en que la cotidianeidad de los jóvenes ha sido, por decirlo de alguna manera, inespecífica, no ha habido una cotidianeidad tan propia de los jóvenes, distinta a la de otros sujetos que puedan estar más o menos excluidos o al borde de los beneficios del proceso de transformación modernizadora. Sin embargo, esta década ha visto, hemos asistido a surgimientos de algunos espacios colectivos que han permitido a los

jóvenes reconocerse como tal, uno de esos espacios es «el carrete», de lo que es «la fiesta», los eventos masivos, los recitales, hasta algunas procesiones religiosas, o seudoreligiosas. Hemos asistido a una década en que esas cosas han explotado con fuerza y que son recepcionadas por los jóvenes, asimiladas y entusiastamente aceptadas. Uno no puede creer y decir que sean solamente un tema de mercado y de absoluta inconsciencia, de decir, que los jóvenes son tontos: van y consumen lo que les pongan y por eso van al recital de tal o cual grupo o van a la peregrinación de Santa Teresita.

Aquí hay varias cosas en esas expresiones masivas, pero también «el carrete» como actividad festiva más cotidiana. Hay cosas que no han permitido a los jóvenes reconocerse fuertemente como generación; y por otro lado, hacer un corte en una cotidianeidad que les niega posibilidades, que les niega la posibilidad de ser. Cuando uno hace una aproximación desde la fenomenología clásica, los fenomenólogos nos dicen: «la realidad fundamental, la más incuestionable es la cotidianeidad»; uno ahí se construye, se construyen en su pega. Creo que eso es una constatación bastante certera, sin embargo, dentro de eso mismo, los cortes de la cotidianeidad (y diría que «el carrete» es eso), el ir haciendo algunas inflexiones en mi vida, es lo que le ha permitido a los jóvenes (y no sólo en jóvenes), ir haciendo estos cortes en la cotidianeidad, lo que permite reconocer un cierto sentido profundo, o una cierta idea más colectiva.

En ese sentido, los jóvenes de esta década han tenido, han construido, la posibilidad de reconocerse en cuanto tales, porque han desarrollado dentro de su cotidianeidad una inflexión, un salto o una caída para arriba o para abajo, no sé para dónde será, que les permite encontrarse, que les permite reconocerse, que les permite ser. La aprensión que hay que tener con eso, la prevención que hay que tener con eso, es que muy fácilmente estos espacios son asimilados por el mercado, el mercado tiene una tremenda capacidad, todos nos hemos dado cuenta, para fagocitarse, para comerse cualquier cosa que pueda significar negocio, o sea, de cualquier cosa se puede hacer negocio y claramente el tema del carrete juvenil, que tiene esa potencialidad, claramente puede convertirse en el negocio de los *pub* o el negocio de la industria. Como el tema de la industria del rock, una cosa es el rock y otra cosa es la industria del rock, pero una se come a la otra muy rápidamente, casi no existe rock fuera de la industria; unas cosas parecida pueden ocurrir con el caso del carrete.

Por último, estas como inflexiones de la cotidianeidad, este mundo del carrete, este mundo del encontrarse, también permite (y por eso que ha tenido tanta fuerza y es un espacio que debíamos trabajar más y potenciar más) algo que Martín Hopenhayn dice, de una forma más o menos enredado pero que me parece que es muy lúcido, «permite microsolidaridades en contextos macroalienantes»; o sea, permite construirse pequeños espacios, más o menos pequeños espacios, en que efectivamente yo me encuentro con otros, me encuentro con el otro y construyo algo juntos, en un contexto global en que esas cosas no son posibles o que son poco factibles.

Hago una vuelta atrás, un efecto de esta transformación modernizadora ha sido claramente la fragmentación social, la atomización, la individualización de la sociedad, entonces, la posibilidad de construir algunas cuestiones colectivas, aunque sean de corto alcance que son microsolidarias, nos permiten a todos construir sentidos. Por eso uno también se explica por qué se revaloriza o idealiza a la familia en la Encuesta Nacional de Juventud, donde aparece la familia como la principal institución que hay que cuidar (lo dicen los mismos jóvenes) y tiene que ver con eso: con que es un espacio en que uno puede encontrarse y reconocer con otro.

Para terminar, dos amarres: uno sobre la política social. Y por qué decir algo de la política social. Porque responsablemente lo que uno pueda hacer como interviniente, como persona preocupada del tema

juvenil, no es reemplazar a los jóvenes, no es hablar por los jóvenes, o decir lo que los jóvenes o las jóvenes son o no son, o lo que les conviene o no les conviene; lo que uno puede hacer tiene que ver con su propia iniciativa, con los ámbitos de acción en los que uno está, en ese sentido uno no puede reemplazar a los sujetos.

Una gran crítica que se hacía hacia el final de los 80, todo el movimiento educación popular, es que muchas veces los educadores populares reemplazaron a los sujetos, entonces se pensaba que se había construido en algunos casos, en algunos países (en Perú por ejemplo) pensaban que habían construido un gran tejido social, y en una medida importante lo que se había construido era un gran tejido de educadores populares y que en muchos casos habían reemplazados a los sujetos. Entonces por eso digo por qué hablar de las políticas sociales o del mundo de la intervención, porque eso es lo que uno está en condiciones de hacer y nunca hay que caer en la tentación de tratar de reemplazar al sujeto, tentación que en la cotidianidad del trabajo es muy fácil, como las tentaciones suelen ser, están muy ahí, es fácil tomarlas, es fácil de que uno se sienta, cuando uno trabaja en una institución que trabaja con jóvenes, que habla desde los jóvenes, pues uno siempre habla de donde está.

Por otra parte, algunos alcances sobre la política social. La política social de juventud en nuestro país ha tenido tres grandes desafíos o tres grandes nudos en esta década. Uno el desafío de la equidad, construirse efectivamente una política social que favorezca, una política social en juventud que favorezca efectivamente a los más pobres y eso no ha sido fácil. Puede sonar como muy evidente al final de la década, pero no lo era tan claro al comienzo de la política, porque veníamos con modelos de políticas sociales que eran más bien universalistas, entonces hay que abordar a los jóvenes, que está muy bien, pero en eso se caía en el pecado de la generalización, de la homogeneización y se reproducían diferencias que ya existían.

Un segundo nudo, es el tema de la institucionalidad. Asistimos a una década en que se ha tratado de construir una institucionalidad en el tema de juventud y que tuvo un severo revés con la crisis que tuvo el Instituto Nacional de la Juventud, porque eso tiene un efecto importante en retrotraer cosas en que se habían avanzado. Fue una crisis institucional severa, entonces levantar cabeza después de eso nos demanda a todos hacer esfuerzos por cuidar al Instituto, criticarlo y todo, pero como en buena. Porque hay sectores en el gobierno que estiman que no debiera seguir existiendo el Instituto Nacional de la Juventud y basta que MIDEPLAN en su oficina de grupos prioritarios aborde el tema y punto.

Y el último nudo que ha tenido la política social en juventud de esta década, es todo el tema de construcción de ciudadanía. Nudo en el sentido de que es algo no fácil de resolver. Tenemos un marco jurídico que es muy punitivo, un marco jurídico en que la gran característica de la discusión sobre los jóvenes en términos jurídicos de esta década, ha sido el tema de la Detención por Sospecha. En la práctica nos demoramos —o el país se demoró— ocho años en terminar con la Detención por Sospecha, por lo menos en términos jurídicos, pues como práctica no se acaba todavía. Y por otro lado, también las dificultades que han tenido las políticas sociales para reconocer nuevas formas de organización, cuando se dice que los jóvenes no están organizados. Sin embargo, uno toma como ejemplo la Segunda Encuesta Nacional de Juventud, y el 51% de los chiquillos y chiquillas dicen que participan en algo; ¡claro!, no es organización como organización política, pero son otras formas de organización o de encuentros colectivos que son necesarios de conocer, valorar y comprender desde el mundo del Estado, de las Organizaciones No Gubernamentales.

Y a modo de cierre, el intentar contestar o de aportar a la pregunta desde dónde vienen los jóvenes de los 90, quiénes son y para dónde van. Intentando hacer una gruesa respuesta a las dos primeras, pero no

a la última, porque estoy tomando cursos con Zulma, pero todavía no veo el futuro, entonces no sé para dónde van los jóvenes.

Diría en que de dónde vienen, es súper importante insistir en una cosa que ya dije recién: los jóvenes de los 80, tienen bastante continuidad con lo que hacía la vivencia juvenil en nuestro país desde hace 30, 40 años más de la que creemos, y en ese sentido sirven los estereotipos para hacer distinciones, pero en el trabajo concreto, cotidiano, de intervención, no aporta nada decir: antes los jóvenes eran más participativos que ahora. ¿Cuáles jóvenes eran más participativos antes?, ¿qué era participar antes?, ¿de qué modo son menos participativos hoy día?, ¿cuáles jóvenes son menos participativos hoy día?

¿De dónde vienen también? Vienen del padecimiento, del sufrir una severa frustración de sus expectativas, expectativas que estuvieron formalizadas o no, pero claramente esta década, la década pasada, la de los 80, tuvo en el gran fenómeno de las protestas o en la gran acción social de las protestas, tuvo a los jóvenes como un actor importante, y eso hacía pensar que en el imaginario de todos, estuviesen en que los jóvenes de los 90: los jóvenes en la transición de la democracia van a tener un rol importante; y de un modo importante, esta década también marca a esta juventud como una juventud que han visto frustradas sus expectativas. Expectativas que puede que no hayan estado formalizadas, pero había un cierto ethos, de una cierta sensación en la cultura, un cierto malestar en la cultura como se dice con respecto de que había que hacer con los jóvenes y eso en términos grueso, con más con menos, sigue estando presente.

¿Quiénes son estos jóvenes? Suscribo plenamente que en esta década los jóvenes han sido probablemente —en el caso chileno por lo menos— por primera vez jóvenes y no otra cosa, no estudiantes, no revolucionarios. Si uno piensa en la Historia de Chile, los jóvenes aparecen como actor en los años 30 cuando surge la FECH, y fundamentalmente estamos pensando de jóvenes que eran universitarios, o sea, la Independencia de Chile la hicieron jóvenes en edad universitaria, pero a nadie se le ocurre pensar que Portales era joven, la acción política de Portales empezó a los 24 años; O'Higgins fue alcalde de Chillán como a los 26 años, pero a nadie se le ocurre plantear de que los jóvenes hicieron la Independencia, la Independencia la hizo la universidad criolla o no sé quién, los jóvenes aparecen como actores recién en la década del 30 y siempre asignados como los estudiantes, en menor medida, en mucho menor medida, a los jóvenes proletarios, las juventudes políticas, los revolucionarios, los guerrilleros, los reaccionarios, etc. Esta ha sido una década en que los jóvenes han sido jóvenes y no otra cosa.

Y ¿para dónde van? No sé para dónde van, pero creo que si nos debiera desafiar a nosotros en las acciones, que crecientemente debiéramos poder realizar en nuestros programas, en nuestras intervenciones, en nuestras acciones cotidianas con grupos, el posibilitar acciones que les permitan a ellos, y nos permitan a nosotros, vincular sus propias biografías personales, su propia vivencia cotidiana personal con el desarrollo de lo más colectivo, saltar, quebrar esta fragmentación social que nos ha caracterizado en esta década, saltar de las microsolidaridades a algo un poco más extendido: la construcción de ciudadanía es evidentemente una construcción colectiva, no se puede ser ciudadano de dos o de a tres, en el sentido de que el desafío o un desafío importante con respecto a lo que podamos hacer nosotros para saber, ayudarnos a contestar juntos para dónde van los jóvenes, ayudarnos a contestarnos con ellos mismos y con ellas mismas, para dónde van, tiene que ver con el poder posibilitar una integración más armónica entre sus biografías personales y el contexto más amplio del país.

VALPARAÍSO, MAYO DE 1999

